

que es indispensable que principie á ejercer sus derechos, veamos de que modo podrá organizar sus fuerzas.

Después estudiaremos la actitud probable de la actual administración, frente al pueblo, perfectamente organizado.

Si el General Díaz llegara á dar el grandioso ejemplo de respetar la ley y la voluntad nacional en la próxima lucha electoral, habría sentido un peso de frente que ninguno de sus sucesores se atrevería á quebrantar, y entonces si había coronado su obra de la pacificación nacional, consolidándola con el prestigio de la ley, con la manifestación de la voluntad nacional, con el prestigio que le da la acción tan magnánima.

No hay que imaginarse que esto sea tan difícil. Hasta la fecha, al tratarse de elecciones presidenciales, muy pocos años ha dado la Nación de que no parece que siga al frente de sus destinos el General Díaz, y ese sentimiento basta, bien puede el tomarlo como la aprobación de todos sus actos. Por este motivo repetimos que aun no es tiempo de juzgarlo. Esperemos que cuando observe en la próxima campaña electoral, pues todo hace creer que habrá lucha, porque el pueblo comienza á apartarse del peligro que corre al seguir como obsequioso impasible de los hechos, en vez de asumir su soberanía.

Por consiguiente, si estamos convencidos de que el pueblo mexicano está apto para la democracia

La política de conciliación del General Díaz, antes de abordar de lleno la cuestión, hagamos un ligero examen de los partidos políticos en México. Sin embargo, la política anti-conservadora. Los dos grandes partidos que se formaron desde que conquistamos nuestra independencia: el liberal y el conservador, representaban las aspiraciones y los intereses de dos grandes grupos de mexicanos en aquella época. El primero, de ideas avanzadas, que quería implantar en nuestro país los principios más modernos, y el conservador que deseaba que se conservaran hasta donde fuera posible, las costumbres antiguas. Este partido estaba integrado principalmente por la gente de dinero, siempre conservadora, y por el

EL PARTIDO NACIONAL DEMOCRATICO.

La política de conciliación del General Díaz, antes de abordar de lleno la cuestión, hagamos un ligero examen de los partidos políticos en México. Sin embargo, la política anti-conservadora. Los dos grandes partidos que se formaron desde que conquistamos nuestra independencia: el liberal y el conservador, representaban las aspiraciones y los intereses de dos grandes grupos de mexicanos en aquella época. El primero, de ideas avanzadas, que quería implantar en nuestro país los principios más modernos, y el conservador que deseaba que se conservaran hasta donde fuera posible, las costumbres antiguas. Este partido estaba integrado principalmente por la gente de dinero, siempre conservadora, y por el

Clero, que posea inmensas riquezas, y que buscase á la sombra de un gobierno de su hechura, la protección de sus cuantiosos intereses.

Inútil será referir las largas luchas que sostuvieron esos dos partidos.

Nos bastaría decir que en el Cerro de las Campanas, quedó sepultado para siempre el antiguo partido conservador.

Cuando el partido liberal hubo triunfado definitivamente, se disgregó en dos partidos personalistas, pues ambos proclamaban los principios liberales y enarbolaban la Constitución de 57 como su divisa de combate.

Estos dos grandes partidos, los constituían los Juaristas y los Lerdistas por un lado, y por el otro los Porfiristas.

Ya hemos visto como llegó al poder este último partido.

La política de conciliación del General Díaz, vino á borrar los últimos vestigios del partido conservador.

Sin embargo, la política anti-constitucional del General Díaz ha creado muchos descontentos, y éstos se encuentran en los que se preocupan por el porvenir de la Patria, ya sea que sus ideas los acerquen al antiguo partido conservador ó al liberal.

Estos descontentos, ó sea el elemento opositor, constituyen en realidad un partido, pues aunque no esté constituido ni organizado, existe la aspiración uniforme de un grupo de ciudadanos hacia un mismo fin, y esa aspiración será el móvil que los lleve á unirse y á organizarse.

Este partido no tiene por lo pronto otra aspiración

sino que la voluntad nacional pueda libremente intervenir en el nombramiento de los gobernantes.

Las aspiraciones de ese partido son por consiguiente substituir el gobierno absoluto de *uno solo*, por el gobierno constitucional nombrado por *todos* los ciudadanos.

Por esta circunstancia encontramos que las dos grandes banderías ya organizadas que dividen actualmente la opinión del elemento oficial, son los que desean que siga el actual régimen de cosas. Estas se llamarán reeleccionistas, pues han querido ocultar sus verdaderas ambiciones tras el General Díaz, cuya reelección proclaman como indispensable, aunque en realidad los grupos de reeleccionistas, el Científico y el Reyista, verían con gusto que el grande hombre que nos gobierna dejara el poder para apoderarse de su rica herencia.

Esos dos partidos, de tendencias semejantes, debían de llamarse absolutistas, pues es el principio de gobierno que profesan, pero no se atreven á declarar francamente sus tendencias, y pretenden ser partidarios de la Constitución, lo cual no es cierto.

El otro gran partido formado por los que no están contentos con la conducta anti-constitucional del General Díaz, podrían llamarse «Constitucionalistas»; pero esta denominación sería poco oportuna, pues ningún partido rechaza la Constitución; todos pretenden apoyarse en ella; lo que sucede, es, que un grupo determinado quiere respetarla solamente en la forma y en el fondo continuar con el poder absoluto, mientras que el otro grupo quiere que se aplique en la forma y en el fondo, por medio de las prácticas democráticas.

Creemos por consiguiente bastante justificado el nombre que proponemos para el gran Partido que se organizará con los elementos dispersos de lo que hasta ahora se ha llamado partido independiente, ó de oposición, y que más bien han existido localizados en los Estados, pues nunca se ha iniciado un movimiento verdaderamente nacional, para unir esos elementos; el único que podría reclamar esa esa honra, el partido liberal, no manifestó francamente sus tendencias, y más bien parecía que quería resucitar las antiguas luchas entre liberales y conservadores; además, muy pronto fué ahogado en su cuna por medio del ruidoso atentado de San Luis Potosí.

Todo partido político debe tener su programa; que será el que desarrolle cuando obtenga el poder, ó trabajará en las Cámaras para que se lleve á la práctica á medida que lo permitan las circunstancias.

Mientras más extenso sea su programa y encierre más principios, será más reducido el número de los que lo aprueban en su integridad.

Partiendo de este principio, convendrá que el programa del Partido Nacional Democrático, sea lo más conciso posible, á fin de que dentro de él puedan encontrar el medio de satisfacerse las diversas tendencias que forzosamente tendrán los que ingresen á su seno, siempre que sean sanas y patrióticas.

Como hemos dicho, el antiguo partido conservador ya no existe. Sus elementos dispersos, han

ingresado según sus tendencias, á los dos grandes partidos que se esbozan: el reeleccionista ó absolutista y el anti-reeleccionista ó democrático.

Igual ha pasado con los elementos del partido liberal.

Por consiguiente, al rededor del gobierno se han agrupado los elementos que sólo piensan en su bienestar personal, lo cual les hace prescindir de principios y cualesquiera que sean los que profese el Jefe del Gobierno, serán ellos sus partidarios.

No pasará de igual manera entre las filas del Partido Democrático, porque todos los que ingresen á él, por la naturaleza misma de las cosas, tendrán que ser personas de principios firmes y no transigirán tan fácilmente con ellos.

En nuestro concepto, y según el movimiento que hemos observado en la prensa independiente, llámese católica ó llámese liberal, parece que predomina la idea siguiente:

Trabajar dentro de los límites de la Constitución, porque el pueblo concurra á los comicios para que sea él quien nombre sus mandatarios y sus representantes en las cámaras.

Una vez obtenido este primer triunfo y habiendo logrado que las cámaras estén integradas por representantes legítimos del pueblo, trabajar por que se decreten las leyes necesarias para evitar que vuelva á repetirse el caso de que un hombre concentre en sus manos todos los poderes y los conserve durante una era tan prolongada.

Para lograr este objeto, una medida cuya eficacia es generalmente admitida, consiste en volver á adoptar en nuestra Constitución federal y en los

locales de los Estados, el principio de no-reelección.

Por consiguiente, estos serán los principios que proponemos para que sirvan de programa al Partido Democrático.

Libertad de sufragio.

No-reelección.

Una vez obtenido el triunfo del primer principio y establecido en nuestra Constitución el segundo, entonces será tiempo de estudiar con entera calma y con las luces de la experiencia, cuales serán las reformas que convenga hacer á la ley electoral, estudiar si nos convendría cambiar de forma de gobierno adoptando definitivamente el parlamentarismo con ministros responsables y un Presidente que no gobierne á fin de que presida con más magestad á los destinos de la Nación. Con este motivo, habrá acaloradas discusiones en las cámaras, y el Partido Nacional Democrático se tendrá que dividir á su vez en los dos grandes partidos que en todos los países del mundo han representado las tendencias opuestas de la opinión: el liberal y el conservador.

El primero, queriendo siempre avanzar con febril entusiasmo; el segundo moderando sus impulsos, haciéndolo que marche con pies de plomo, dando por resultado que esos dos partidos, equilibrándose constantemente, harán que nuestro progreso sea pausado, pero seguro. Sin embargo, los dos futuros partidos estarán de acuerdo en los grandes principios democráticos, por cuyo motivo dejará de subsistir esta denominación para ser reemplazadas por otras más oportunas.

Cuando esto llegue á suceder y que de un modo definitivo se implanten las prácticas democráticas,

entonces el pueblo tendrá á su disposición el medio de hacer conocer sus aspiraciones, las cuales serán en muchos casos definidos por los partidos políticos que siempre estarán ocupados en buscar la fórmula que más aceptación tenga en la República, tanto por el deseo muy patriótico de buscar el progreso y el bienestar de la Nación, como por conveniencia para el mismo partido.

Así como ahora vemos al partido Científico y el Reyista adulando al General Díaz á quien juzgan omnipotente, entonces veremos á los partidos que resulten, adulando al pueblo, cuya omnipotencia será más duradera y más efectiva.

Oportunidad para formar el Partido Nacional Democrático.

La frase que tanto ha llegado á popularizarse de que después del General Díaz no admitiremos más dominio que el de la «ley» hace creer á muchas personas que el momento oportuno para proceder á la formación de este partido, será á la muerte del General Díaz, pues se juzga que mientras él viva, no lo permitirá y que por estas circunstancias, intentar formar un partido de oposición desde ahora, sería una temeridad.

Nosotros no opinamos de esa manera, y más bien estamos convencidos de que la oportunidad para la formación de ese partido es lo más pronto posible, lo cual procuraremos demostrar.

Efectivamente, los peligros para formar ese partido, serían mayores á la desaparición del General Díaz, porque su sucesor, joven, y con gran ambición, no vacilaría en recurrir á medidas violentas para afianzarse en el poder, que indudablemente

desearía disfrutar por muchos años; mientras que el General Díaz, que está ya tan cerca de la tumba, no tiene el mismo aliciente; más bien ha de encontrarse cansado de llevar por tantos años el peso de los negocios públicos, y no será remoto que ya aspire al descanso.

Además, el General Díaz ha llegado á adquirir tal gloria, tal prestigio, que no querrá exponerlo recurriendo á atentados sangrientos al fin de su carrera, con el objeto de sostenerse unos cuantos años más en el poder, del cual ha disfrutado por un largo período de tiempo, y el cual ya no ha de ner á sus ojos la misma novedad.

Por último, es indudable que el General Díaz es de una moralidad superior á sus probables sucesores, y es más lógico esperar que él haga alguna concesión á la voluntad nacional, que cualquiera de estos últimos, porque no hay que olvidar que él tiene grandes compromisos con la Nación, á quien no ha cumplido sus promesas de Tuxtepec. Ahora que el General Díaz no tiene más que temer que el fallo de la historia, ni más que desear que la gratitud nacional, no será remoto que procure atraerse á esta última y asegurarse un fallo favorable de la primera, respetando en sus últimos días la voluntad nacional y cumpliendo todas las promesas que antes hiciera á la Patria.

En este caso, el General Díaz podría justificarse ante la historia, diciendo: «Es cierto que no cumplí á la Nación las promesas que le hice cuando por dos veces la induje á levantarse con las armas en la mano para conquistar el principio de no-reelección; pero es porque temí que al dejar yo el

poder, volviera mi Patria querida á la era funesta de las revueltas intestinas. Con mi permanencia en el poder, maté al militarismo, acabé con el espíritu turbulento, hice que en todos los ámbitos de la República se respetase la ley; consolidé la paz, extendí por todo el país una vasta red ferrocarrilera, construí grandiosas obras materiales; á la sombra de mi administración favorecí la creación de cuantiosos intereses privados, aumenté la riqueza pública; de mi Patria turbulenta, pobre, sin crédito, he hecho un país pacífico, rico y que goza de un justo crédito en el extranjero. Es posible que para llevar á cima esta obra, haya cometido algunas faltas; todo el mundo está expuesto á errar, pero esas faltas han sido de buena fé y la prueba de ello es que la principal que se me puede imputar: el que me haya colocado arriba de la ley, sólo la he cometido mientras lo he juzgado indispensable para llevar á feliz término mi obra, puesto que ahora que creo que ésta está terminada, que el país está apto para ejercer sus derechos, devuelvo á la ley su imperio, su majestad y yo mismo me coloco debajo de ella, á fin de que en lo sucesivo sea la ley la guardiana de la paz, la que que asegure el progreso indefinido de mi Patria, pues creo que no podré tener sucesor más digno. Los últimos días de mi vida los consagraré á defenderla, á consolidar su prestigio, poniendo á su servicio todo el mío, y ¡hay de quién quiera atentar contra la ley que yo seré el primero en respetar!»

Aunque los intransigentes podrán hacer algunas objeciones, la inmensa mayoría, la casi unanimidad de los ciudadanos aclamarían al General Díaz, que

en un solo momento llegaría á la gloria que ambicionaba Washington «á ser el primero en el corazón de sus conciudadanos».

El prestigio del General Díaz llegaría entonces á tal grado, que en donde quiera que se encontrara sería considerado como el árbitro de nuestros destinos y la gratitud nacional hacia él, no tendría límites.

Es cierto que el General Díaz dijo en substancia, esto mismo á Creelman, pero esas declaraciones hechas á un extranjero fueron desde luego muy desvirtuadas y han perdido todo el valor que les quedaba, con el hecho de que ha demostrado que no eran sinceras.

No pasaría lo mismo si el General Díaz en vez de nuevas declaraciones se limitara á respetar la ley, á garantizar á todos los ciudadanos el uso de sus derechos, á no poner trabas á la formación de partidos independientes, á no permitir que el sufragio fuera adulterado. Entonces sí, apoyado con los hechos, sus declaraciones tendrían gran peso; su palabra, el acento conmovedor de la verdad; sus actos, la grandeza digna de nuestra historia y digna de nuestros destinos.

Ya lo hemos dicho, no será remoto que el General Díaz se resuelva á observar esta conducta, cuando vea que la Nación, organizada formidablemente en partidos políticos y agitada por el calor de la lucha, le haga oír su voz, le manifieste virilmente sus deseos, pues entonces el General Díaz tendrá que convenir en que la Nación está verdaderamente apta para la democracia, y en parte por el deseo de cumplir sus antiguos ofrecimientos, por

temor al fallo de la historia y por el deseo de aparecer magnánimo y en parte por el temor de no comprometer en su avanzada edad sus laureles en una lucha contra el pueblo, tomará la determinación heroica de abdicar de su poder absoluto y de someterse á la ley.

Comprendemos que estas consideraciones son de poco peso para la mayoría, que tampoco cree posible que haya lucha electoral; pero nosotros hablamos en el caso de que el pueblo despierte, que se levante enérgico y decidido á hacer uso de sus derechos, pues en caso contrario, no será el General Díaz ni ninguno de sus sucesores los que lo han de despertar, los que lo han de hacer que reclame sus derechos, y ésto, por la razón misma de las cosas, porque siempre han existido tendencias opuestas entre gobernantes y gobernados; los primeros, procurando adquirir la mayor suma posible de poder; los segundos, limitándolo para mejor garantizar su libertad.

De todos modos comprendemos que estas consideraciones por sí solas no bastarían á demostrar que ahora es la oportunidad para la formación del Partido Nacional Democrático, pero tenemos otras razones de gran peso que pasamos á exponer:

Organizándose este partido antes de las elecciones de 1910 tendría la seguridad de que todos los que ingresaran á su seno, por la razón misma de las cosas, serían demócratas verdaderos, partidarios sinceros de la no-reelección, elementos completamente sanos, hombres de gran energía, de verdadero valor civil y de ideales bien definidos.

Efectivamente, no podrán ingresar otras perso-

nas á este partido en las actuales circunstancias, porque la generalidad considera temerario intentar la formación de un partido de oposición, así es que los que lo encabezen, necesitan tener un valor muy poco común en las actuales condiciones porque atraviesa el país; además, á nadie se le ocurrirá ingresar á este por ambición personal, pues sería mucho más fácil obtener un puesto en la actual administración haciendo las declaraciones de los incondicionales ó capitulando oportunamente; mientras que el Partido Democrático tiene muy pocas y lejanas probabilidades de triunfar, á lo menos segun el criterio dominante. Este partido, que habría tenido la audacia de oponerse á la re-elección del General Díaz, que habría tenido el valor y el patriotismo de despertar la opinión pública, tendría un gran prestigio en la Nación y aunque fuera derrotado en la primera lucha, tendría una grande influencia en los destinos del país en un futuro no lejano.

En cambio, si se espera la muerte del General Díaz para formar este partido, desde luego será mucho más difícil formarlo, porque no dejaría de ser mal visto por la generalidad, que antes de saber que tal se comportaría su sucesor, se le principiara á hacer oposición.

Además, la impresión que causaría tal acontecimiento nadie puede preverla y si seguimos como hasta aquí, sin que el pueblo se haya organizado, no será remoto que haya un conflicto armado entre los dos partidos reeleccionistas, que si desde ahora no despliegan mayor actividad es tan solo por el temor que les infunde el General Díaz.

Pero aun el caso de que este conflicto no surja,

es indudable que el partido de oposición sería encabezado desde luego por uno de los dos bandos actuales, por el que no reciba como herencia el poder. Este, para prestigiarse, proclamará los principios democráticos y hará al país las promesas más seductoras, y no habiendo otro partido prestigiado á que afiliarse, se afiliarían á él todos los elementos independientes. El gran inconveniente de ésto, consistiría en que los que encabezaran el partido no serían verdaderos demócratas, ni sinceros anti-reeleccionistas y sólo proclamarían esos principios para hacerse de partidarios y los olvidarían al día siguiente de llegar al poder, como tantos de ellos olvidan al día siguiente, las solemnes protestas que hacen de cumplir la ley.

En estas circunstancias, los independientes que de buena fé se hayan afiliado á ese partido, no tendrán la libertad suficiente de acción para hacer respetar el pacto que entrañaban las promesas del jefe del partido, porque éste, siendo personalista, tendría que resentirse de su origen.

No pasará lo mismo con un verdadero partido democrático, del cual surjirá el candidato escogido entre los más dignos, y cuya fuerza estribará en su partido.

Otra circunstancia que demuestra que ya es tiempo de que se organice ese partido político, es que la Nación lo desea, como se puede comprobar por los movimientos electorales en algunos Estados, en los cuales ha tomado parte activa el pueblo, pues aunque éstos han fracasado, han dejado en los ánimos el fermento de la Libertad y todos están ansiosos por renovar la lucha;

por las grandiosas asociaciones de obreros, cuyo fin ostensible es el mutualismo, pero cuyas secretas tendencias son la reivindicación de sus derechos de ciudadano, y por último, por el Congreso de Periodistas pues aunque el fin que aparentemente persigue la agrupación de periodistas de los Estados, es la unión, el verdadero móvil que los ha guiado es el anhelo de libertad, el deseo de reivindicar nuestros derechos, el ardor por combatir en el campo de la Democracia. Este anhelo que se siente por toda la República, se ha manifestado en multitud de folletos, opúsculos, libros, periódicos nuevos que defienden con más ó menos vigor la gran idea, de que es indispensable que haya lucha electoral; este mismo libro obedece al mismo móvil, pues creemos, como todo el elemento pensador de la República, que ahora se nos presenta el momento oportuno para la reivindicación de nuestros derechos, que atravesamos por el período histórico que más trascendencia tendrá para los destinos de la Patria y que sobre nosotros, los de la nueva generación, pesa una responsabilidad enorme. ¿Veremos perder con criminal indiferencia la preciosa herencia que nos legaron nuestros antepasados, ó valerosamente lucharemos por reconquistarla? Esa es la pregunta que tendremos que contestar ante la historia.

Por todas estas circunstancias, opinamos que ha llegado el momento solemne en que debemos organizarnos en partidos políticos y los que tenemos el ideal democrático, debemos proceder sin pérdida de tiempo á organizar nuestras fuerzas á fin de que cuando llegue el día de las elecciones presidencia-

les, nuestro partido esté remificado por toda la República y estemos en condiciones de luchar, que esa lucha será salvadora, aun en el caso de que resulte derrotado nuestro partido, (1).

**¿Cómo se formará
el Partido Nacional
Democrático?**

El Partido Nacional Democrático se formará por la unión de todos los elementos dispersos que se encuentran en la República y que abrigan el mismo, ideal de la reivindicación de nuestros derechos.

Esta unión se llevará á cabo por medio de Clubs que se formarán en cada Estado y que dependerán de un Club Central, y entre los Clubs centrales de los Estados, se acordará la fecha y el lugar en que tendrán una Convención, para adoptar definitivamente el plan político que será la bandera del partido y sobre todo para nombrar un Comité Directivo que será quien dirija sus trabajos.

Si el grupo que se instaló en la Capital de la Re-

[1.]—Escrito lo anterior y en vísperas de mandarlo á la prensa, supimos por el Diario del Hogar, que el domingo 13 del actual (mes de Diciembre) se había reunido un grupo de políticos en la Capital de la República y habían nombrado mesa provisional para organizar el Partido Democrático, compuesta de un Presidente y dos secretarios. El nombramiento de Presidente recayó en el modesto y patriota hijo de nuestro Benemérito, el Señor Lic. Benito Juárez, y el de Secretarios en los Señores Juan Sánchez Azcona y Heriberto Barrón.

Como aun no nos son conocidas las tendencias de este grupo, nos abstenemos de comentar sus trabajos preliminares y seguiremos nuestra obra sin interrupción, con la seguridad de que los secundaremos poderosamente si sus miras son francamente democráticas.

Confesaremos que no hubiéramos vacilado en creer que así sería, si no figurara entre los Secretarios el Señor Heriberto Barrón, uno de los reyistas más caracterizados, y partidario de la re-elección como lo demostró en el Círculo Nacional Porfirista de que forma parte, y no nos explicamos cual será el objeto que persigue al pertenecer á dos partidos políticos que suponemos de tendencias opuestas, pues de lo contrario no tendría razón de ser el último creado.